



CARNE

DE JUERGA.

ENRIQUETA..... ¿Quién se acuerda ya de Enriqueta? Y, sin embargo, en estos primeros días de Noviembre, destinados por el mundo á rendir culto á la materia en descomposición,

nadie con más derecho, ninguno más á propósito para recibir ese culto que aquella mujer, aquella hermosa estatua de carne blanca y dura, que encerraba dentro de su cuerpo—sí encerraba algo—la menor cantidad de alma posible, la suficiente para animarla, para despertar en su cerebro vibraciones que parecían ideas y en su corazón latidos que se disfrazaban de sentimientos; un organismo espiritual rudimentario; nada, ó tan poco, que ni aun vale la pena de ocuparse en ello.

Enriqueta no fué buena ni mala, inocente ni culpable, sensible ni insensible, fué hermosa; he aquí su única y exclusiva condición.

Verdad es que tampoco necesitaba de otra. Nadie se ocupó de pedirle sentimientos; todos se consideraban bien pagados conque les ofreciera sensaciones, sensaciones rápidas, alegres, fugitivas, momentáneas, algo así como el efecto producido por la música francesa, por esa música chispeante y sensual, cuyas notas deleitan el oído con voluptuoso cosquilleo y se alejan después sin que el alma se dé por advertida de su presencia.

Enriqueta se hallaba maravillosamente organizada para responder á todas las solicitudes del deseo. De músculos potentes, de piel fina, exube-

rante de vida, espléndida de formas, repleta de goces, pródiga para darlos, insaciable para recibirlos, ajena al cansancio, habituada á la orgía, saliendo de ella como de un baño de juventud, sin quebrantos por lo que fué, dispuesta á comenzar de nuevo, sin amar á nadie, sin odiar á nadie tampoco, podía encontrársela siempre con la cara fresca, los ojos secos y los labios húmedos, procediendo, por manera inconsciente y fatal, con la regularidad uniforme de una máquina.

Y eso era, después de todo, una máquina de placer.

No una mujer, un sexo.

A mí hubo de parecerme, cuantas veces tuve ocasión de verla, un objeto curioso, un ejemplar digno de estudio; y ayer, contemplando la fosa común de uno de los cementerios de esta corte, campo neutral, montón de tierra movedizo y obscuro, catálogo anónimo de muchas miserias y de muchos infortunios, anónimos también, di en la cuenta de que en aquella fosa olvidada de todos, recogida por el amor disolvente de la tierra, disfrutando seguro y cómodo hospedaje, reposaba Enriqueta, la que no tuvo en vida ni hogar propio ni amante fijo. Y al pensar en ello, hubo de ocurrírseme escribir este artículo, que no es la

historia de un ser, sino la necrología de un estimulante.

*
* * *

Estimulante poderoso, enérgico, nacido allá en las últimas capas humanas, desde las cuales había subido á las primeras, bien así como por el tronco torcido y grosero de algunos árboles sube el germen envuelto con la savia para encaramarse á la punta de la rama más alta y brotar por ella en forma de botón sonrosado al principio, en la de fruto espléndido luego. Fruto que, apenas visto por el enjambre de pájaros que anidan en las ramas del árbol, despierta sus codicias y agita sus alas con estremecimiento voraz, hasta que todos juntos se lanzan sobre él, con el pico entreabierto y los ojos brillantes, esforzándose cada uno de por sí en llegar el primero, riñendo con furia, estorbándose el paso, avaros de la presa, que es mordida por uno, y después por otro, y al fin por todos, que la embisten en tropel desordenado y confuso.

A cada picotazo se abre una herida sobre la corteza del fruto, que brinda su jugo á los hambrientos solicitadores con igual y pasiva indiferencia, hasta que seco, rugoso, marchito, destrozado por fuera, roído por dentro, impotente para atraer

ninguna mirada, inútil para satisfacer ningún apetito, cae al suelo, se hunde con golpe sordo en el primer surco que la tierra le ofrece, y allí se descompone, prestando, con las últimas partículas de su sustancia, elementos de vida á otros gérmenes, manjares nuevos que condimenta para sus festines la naturaleza glotona.

Esa historia es, en síntesis, la historia de Enriqueta. Yo la he visto ostentando descaradamente su juventud en presencia de una turba impaciente y nerviosa que se arremolinaba

en torno de su cuerpo con ansia febril, ofreciéndola, á cambio de él, la fortuna, la sangre, el honor á veces; seres decrepitos, no por la edad, por el vicio; muchedumbre de gusanos hambrientos agrupándose sobre aquella flor, pidiéndole, no su perfume, porque no lo tenía, sino algo de su vida exuberante y de su sangre fresca, como si en ella pudiesen



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

encontrar la fuerza y la robustez que les faltaba. He visto eso y he visto al propio tiempo cómo rodaba aquella mujer de orgía, en orgía, de placer en placer, de capricho en capricho, pasiva en medio de su actividad, indiferente en medio de sus goces, pasando de amante en amante más que por voluntad, por destino, mostrándose orgullosa de algunos, más que por determinaciones de la inclinación por el influjo que ejerce sobre todo animal que es extraordinario y hermoso: orgullo semejante al que experimenta un caballo de pura raza cuando oprime sus lomos un buen jinete.

Así, desgastada por aquel esfuerzo continuo, por aquel vértigo incesante, fué marchitándose poco á poco, á pesar de su consistencia y de su poder, Enriqueta, la carne de juerga, de la que cada transeunte se había llevado una fibra; y estrujada, inservible, vaciló algunos meses entre las angustias de la miseria, y cayó más tarde en el lecho de un hospital para morir sola, sin dejar un recuerdo, sin despertar una pena, arrojada en el olvido, como lo que era, como un sobrante de la orgía humana.

Aún recuerdo el aspecto que ofrecía su cuerpo acostado sobre una losa del depósito de cadáveres. Allí estaba Enriqueta lívida, descarnada, horri-

ble. Había desaparecido hasta la última sombra de su belleza; la dió íntegra para satisfacer las codicias del mundo; hasta sus cabellos, su último encanto, el único que no pudo arrebatársele en vida, se le arrebataron después de muerta, trasquilándola brutalmente. Todo lo aprovechable se había aprovechado; ya podía caer en la fosa como el fruto podrido cae entre los surcos del terreno.

Y cayó, y en la fosa se disuelve y se transforma, prestando, con sus restos en descomposición, elementos de vida á la vida de otras sustancias y de otros seres.

No creáis que voy á pedir os para ella una lamentación ni una lágrima; no las merece; tal era su destino; si vosotros tuvisteis alguna parte en él, yo no he de recordarlo, tampoco ella ha de protestar.

Pero ya que no os ocupéis de su memoria ni para sentirla ni para despreciarla, no la olvidéis por completo; sed consecuentes, y cuando os encontréis al lado de mujeres que son hermanas de

Enriqueta por organización y por hábitos, acordaos de ella como os acordáis en un banquete de otro banquete que satisfizo y deleitó vuestro paladar y vuestro estómago.

No le deis el agradecimiento del alma, pero dadle el agradecimiento de los sentidos.



«EL QUIJOTE»

DE MI ESTANTE.

EN las altas horas de la noche, cuando rendido por el interminable batallar de la existencia, llego á mi cuarto, y ya en él, á solas conmigo mismo, siento agitarse dentro de mi cere-

bro ideas sin nombre que, ganosas de adquirirle, chocan entre sí rudamente; en ese instante de tregua (si tregua es esto) en que el hombre, apercibiéndose para nuevas luchas, interroga el porvenir, mis ojos cruzan distraídos los diversos objetos que constituyen el adorno de aquella habitación, y muchas veces se detienen y fijan sobre el humilde estante donde mis autores favoritos contemplan, á través de las amarillentas páginas, resumen escrito de sus pensamientos, los temores, las dudas, las esperanzas y los deseos, que por mi espíritu se deslizan como se deslizan las olas por la movible superficie del mar.

A ellos únicamente comunico esas aspiraciones gigantes que todos cuantos vivimos la vida de la inteligencia hemos sentido alzarse poderosas en nuestra imaginación, donde acaso deben morir, de la que tal vez salgan un día para deslumbrar al mundo con su fuego; ellos han sido y son consuelo de mis amarguras, guías de mi inexperiencia, consejeros de mi razón. Verdaderos amigos, á quienes siempre se puede recurrir sin temor de mudanza ó engaño, yo los contemplo con igual respeto al que me produciría un cónclave de ancianos, cuyos labios, contraídos por el gesto doloroso de la experiencia, brotasen la verdad.

Pero entre todos estos autores descuella uno que me es predilecto, y al que me hallo unido por inquebrantables lazos, que más y más se estrechan cuanto más le estudio.

Y me es predilecto, porque su libro suda el dolor humano.

Ese autor es Cervantes.

*
**

Existe manifiesto antagonismo entre la sociedad y los hombres que la iluminan; la sociedad resiste los esplendores del genio; mientras puede los rechaza, y los rechaza con inusitada dureza. Cervantes es prueba concluyente de lo dicho.

Dotado de una imaginación impetuosa, busca horizontes infinitos para espaciarla, y no los encuentra. En vano una vez y otra se revuelve afanoso tras el conseguimiento de su objeto; el mundo que habita le golpea rudamente, haciéndole sentir el peso formidable de su egoísmo. Ganoso de gloria, se acoge Cervantes á las armas, lucha por adquirirla en la más portentosa lid que reflejan los mares, y herido por el plomo adversario,

halla como sola recompensa de su heroico proceder una mano de menos y unas cuantas cicatrices de más.

Cautivo en Argel, esclavo de un árabe sin corazón, procura librarse del yugo que le oprime; abandona la casa de su dueño;



refúgiase con otros cautivos en una cueva próxima á las orillas del mar, y cuando más seguro del triunfo se juzga, el hombre á quien confiara su persona la vende y entrega á los mismos

que, rencorosos, la perseguían.

Rescatado al fin, vuelve á su patria, y ésta, en lugar de recibir á su hijo cariñosamente, le hace sufrir los terribles efectos de un madrazgo infame. Lleno de amor, enlaza su destino al de una mujer, y sufre, entre espantosas privaciones, las contingencias de la miseria; se leen sus obras con indiferencia, insúltasele en críticas despiadadas, y como si esto no fuera bastante, los vecinos de Argamasilla le encarcelan y procesan por ladrón.

¡Horrible existencia la de este gladiador sublime, que rueda maltrecho por la arena ensangrentada del circo social! Cervantes, como todos los

grandes hombres, ha sido arrojado bruscamente entre las dentadas ruedas de la espantosa máquina social, y ha sufrido, como cada uno de ellos, esa trituración lenta, más dolorosa que la trituración de la carne: la trituración del alma.

Cuando la obra del mundo terminaa, esas inteligencias poderosas lanzan un grito, grito formidable, que en Dante es anatema, en Shakespeare rugido y en Cervantes sonrisa.

La sonrisa de Cervantes ocupa un lugar sin límites en los espacios de la idea, y se llama *El Quijote*.



¡El Quijote! Yo nunca he podido leer esta obra sin haber sentido contraerse angustiado mi corazón; que el *Quijote* representa algo más de un libro destinado á rematar las disparatadas historias de los andantes caballeros.

Su personaje principal no es tan sólo el hidalgo manchego que, seca la mollera por el continuo saboreo de imposibles hazañas, limpia sus armas, tomadas de moho, y ya en la edad madura se cu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"DE J. O. REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

bre con ellas, y ensillando el cuartago, lleno de las mataduras y alifafes propios á la vejez, abre la puerta del corral y sale al campo, ganoso de encontrar aventuras. Don Quijote es, á mi juicio, el hombre idealista que, caballero sobre su imaginación soñadora, busca en un mundo positivista y práctico la realización de sus ensueños.

Por eso, sólo por eso, viste Cervantes á su héroe de armas inútiles, á las que agrega aquella famosa celada, trocada más tarde por la bacía de un barbero, que diputa como «de oro finísimo»; por eso le hace embestir, ya contra molinos de viento que parten, al volver de sus aspas, el lanzón del andante caballero, ya con brutales yangüeses que le apalean, ya con infames presidiarios que le roban; por eso le obliga á enamorarse de una aldeana, que viene á su encuentro montada sobre prosaico burro, y sólo por eso halla el hidalgo en su camino ventas por fortalezas, y á cuenta de duque y doncellas, venteros ladrones y mozas desvergonzadas.

¿Qué otras cosas sino las que ocurren al hidalgo loco pasan en la vida del hombre soñador?

Vedle cómo se lanza al mundo, ansioso de renombre, y cómo da á los diversos personajes que por él discurren formas y colores que sólo existen

en su imaginación calenturienta. Miradle cómo transforma, de propia voluntad, á la mujer en ángel con vestiduras humanas, y hace del mundo (que sólo es una venta) castillo encantado, y de sus semejantes hombres sin tacha; y contemplad, en fin, cómo acordándose con el personaje de Cervantes, que culpa, no á su locura, sino á magos y encantadores de sus desdichas, culpa también el hombre soñador, de sus desgracias, á la mala fortuna, y no á la sociedad que le rodea.

Se hace notar que, así como cuando tropieza Don Quijote con verdaderos duques éstos se burlan de él, y obligándole á desencantar un escudero barbudo le montan sobre un caballo de madera, y extremando su engaño, le constipan con el viento de unos fuelles y le chamuscan con el fuego de unas estopas, hasta que los cohetes encerrados en el vientre de *Clavileño* dan con el andante y su aventura por tierra, así también cuando el ente soñador se ve delante de otros seres que podrían adivinar sus pensamientos, estos seres se mofan de él, y montándole sobre el *Clavileño* de la esperanza, le alientan con el aire de la lisonja y con el fuego del encomio para reír más tarde, haciendo que sus carcajadas hieran sarcásticamente los oídos del infeliz que se acogió bajo su amparo.

Nada falta á la figura de Don Quijote, que este mentecato vuelve á la razón, ya próximo á morir, y abjura de sus errores en tan supremo trance, único suficiente á extirpar de su cerebro las disparatadas ideas que alimentó.

Por si esto no bastara á corroborar la idea este-reotipada en el hidalgo, echa mano Cervantes del contraste y coloca junto á la figura sublime de Don Quijote, que sólo es ridícula por la escasez de sus medios y lo grosero de sus relaciones, la grotesca imagen de Sancho, el escudero que, certificando la locura de su señor, le sigue en cuantas empresas imagina, con el exclusivo objeto de lucrarse de ellas y ver si logra adquirir el gobierno de la prometida insula. Es de admirar cómo se mofa de su dueño el zafio aldeano, y cómo le alienta, sin embargo, en la consumación de aquellos disparates que pueden traer beneficio para su bolso ó para su alforja.

Imagen real que existe en el mundo y acompaña siempre al hombre idealista, obteniendo provecho de aquello mismo en que éste sólo ha de encontrar decepciones.

*
* *
*

¡El Quijote! Libro sublime arrancado al dolor, que sólo en el dolor pudieron templarse aquellos pensamientos de acero, donde Cervantes abjura de sus delirios y mallice de su infortunio. Yo lo he leído cien veces y me hallo dispuesto á leerlo cien más, porque de él he sacado provechosa enseñanza.

En muchas ocasiones, cuando repleta la imaginación de fantasías, quise lanzarme á espacios desconocidos, mis ojos se fijaron en la amarilla cubierta que con letras negras guarda su nombre, y me detuve avergonzado en el camino de mis quiméricas lucubraciones. Cuántas otras, herido por decepción inesperada, llegué á mi cuarto maldiciendo mi fortuna, y él me mostró que es la decepción justo castigo de aspiraciones imposibles, de locuras inútiles, de esperanzas sin fundamento.

Yo reverencio *El Quijote*, porque siempre, á través de esas luchas gigantescas que traban entre sí el juicio y los ímpetus imaginativos, él me prestó su ayuda; y mil veces, cuando la razón, convertida en Sancho de la fantasía, se aprestaba á seguirla en sus disparatadas aventuras, las colosales figuras del libro de Cervantes me anunciaron, ya con sonrisa burlona, ya con desesperado gesto,

lo ilusorio de mis afanes. Ese libro me sujeta siempre que deseo subir más alto de donde puedo llegar; y si alguna vez, olvidando sus experimentadas sentencias, volé á otros lugares de los cuales me ví precisado á descender, rotas las alas y herido el corazón, él me dijo que tan necesario es el sufrimiento á la experiencia como necesario es el oxígeno á la vida.

*
*
*

Cuando miro la obra de Cervantes sobre el estante humilde que la guarda, creo ver en el pergamino que la cubre esas arrugas que presta á los humanos seres el conocimiento de los hombres y de las cosas, y la reverencia cumplidamente como á la madre de mi razón; y cuando la abro, cuando la leo, al ver los dolorosos trances por que hubo de pasar su autor para poner la realidad de los hechos por valla á las quimeras del pensamiento, no puedo menos de unir una lágrima á las muchas que derramó aquel genio sublime, maltratado por las injusticias de su época. Lágrimas

que, diluídas en los capítulos de su portentoso libro, juntaron su acerbo aroma, formando esa sonrisa amarga del desengaño, que vive siempre constante en las regocijadas páginas de *El Quijote*.

